

la dignidad real de Jesucristo, con el incienso su divinidad, y con la mirra, que servia para embalsamar los cuerpos, su humanidad en una carne pasible y mortal. Les imitarémos, dice un Padre de la Iglesia, ofreciendo á Dios el oro de la caridad, el incienso de la oracion, y la mirra de la mortificacion. Los Magos fueron nuestras primicias, y la vocacion de los gentiles comienza con ellos, de lo cual procede la extraordinaria alegría con que celebramos la fiesta de la Epifanía. No nos admire, pues, que los sabios de Oriente, iluminados por la fe, reconocieran sin vacilar por Redentor del mundo al tierno Niño de Belen: sus padecimientos, sus humillaciones y su desnudez absoluta eran pruebas innegables de su divinidad. Necesito un Salvador, dice Bossuet, que con su ejemplo pisotee el fausto y los falsos bienes de los hijos de Adan, y en esto le reconoceré.

Efectivamente, para comprender la prodigiosa humillacion con que se muestra á nuestras miradas el Mesías tan magníficamente vaticinado, basta que recordemos el objeto de su venida á la tierra. El Salvador venia para quitar el pecado del mundo, es decir, para reconciliar al hombre con Dios, satisfacer la justicia de su Padre, y curar al linaje humano de los males que habia acarreado el pecado. Para expiar, el Mesías debe padecer, porque no cabe expiacion sin padecimiento, sin efusion de sangre. Por esta razon Jesucristo padece desde su entrada en el mundo, y su vida no es mas que un prolongado dolor, y finalmente, nace en un pesebre y muere en una cruz.

La ignorancia de lo que debia amar, y la concupiscencia ó el amor ciego, desarreglado y tiránico de las criaturas, son las consecuencias del pecado relativamente al hombre, y para libertarle, el Mesías debia enseñarle á despreciar todas las cosas terrenales, y á dirigir su amor hácia Dios y hácia los bienes sobrenaturales. Hé aquí por qué pisoteó los honores, las riquezas y los deleites, y por qué nació, vivió y murió en la pobreza y en las humillaciones. Con este medio mostró ser el verdadero médico del hombre decaído, y á este precio fué su Salvador.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado al Salvador tantas veces prometido y tan ardientemente esperado. No permitais que le desconozcamos como los Judios; dadnos, por el contrario, la docilidad de los pastores y la fe de los Magos, para que comprendamos como ellos que nació, vivió y murió en la pobreza, en las humillaciones y en los padecimientos para quitar el pecado del mundo.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero imitar la dulzura y humildad de Jesús al nacer.

LECCION LV.

VIDA OCULTA DEL MESÍAS.

Purificacion. — El anciano Simeon. — Huida al Egipto. — Degollacion de los Inocentes. — Regreso á Nazareth. — Jesús en el templo.

Herodes esperaba en tanto el regreso de los Magos, y como confiaba en ellos, no tomaba al parecer otros informes sobre el nuevo Rey de los Judios; pero habiendo sido advertidos los Magos en sueños que no volvieran á ver á aquel príncipe pérfido, regresaron á su país por diferente camino. José y María se aprovecharon de la tranquilidad que disfrutaban para cumplir con dos nuevos artículos de las leyes de Moisés, uno de los cuales mandaba á todas las mujeres que fueran á purificarse al templo pasado cierto número de dias, y el otro prescribia que se ofrecieran al Señor todos los hijos primogénitos.

María, á quien su divino parto habia dejado mas pura aun y mas virgen, fué no obstante al templo á confundirse con todas las demás mujeres: ; grande ejemplo de humildad y de obediencia que nos enseña á seguir en todo el orden establecido por Dios, sin tratar de eximirnos! Por su parte Jesucristo, siendo Dios, era bien superior á la ley de Moisés, que obligaba á ofrecer al Señor todos los primogénitos, y sin embargo se dignó someterse á ella, y fué llevado á Jerusalem á los cuarenta dias de su nacimiento. Ofrecióse por manos de sus padres á su divino Padre, y le presentó por la vez primera en su templo una hostia digna de él. Dios no permitió que esta sublime ofrenda permaneciese oculta.

Vivia en aquella época en Jerusalem un santo anciano llamado Simeon, un varon justo que esperaba con afan al Consolador de Israel, y á quien hasta se habia revelado que no moriria sin haber visto el Cristo del Señor. Guiado por una inspiracion divina, fué al templo cuando el padre y la madre del niño Jesús lo llevaban para ejecutar con él lo que era costumbre segun la ley, es decir, para ofrecerle al Señor y rescatarle despues dando cinco siclos de plata, como está indicado en el libro de los Números<sup>1</sup>, porque la ofrenda del cordero y de las tórtolas solo era por la purificacion de la madre.

No tan solo tuvo el santo anciano la dicha de ver al Redentor del mundo, sino tambien la de tenerle en sus brazos. Transportado entonces

<sup>1</sup> Num. xviii.

de santa alegría y animado del espíritu de los Profetas, dió gracias á Dios y vaticinó los futuros triunfos del divino Niño. Señor, exclamó, ahora, segun vuestra promesa, dejaréis morir en paz á vuestro siervo, pues mis ojos han visto la salvacion que viene de Vos y que habeis expuesto á la vista de todas las naciones para ser la luz de los gentiles y la gloria de Israel vuestro pueblo.

Mientras la Virgen santísima y san José estaban llenos de admiracion oyendo las palabras del santo anciano, y él les hablaba de los futuros destinos del divino Niño y del dolor que traspasaria el corazon de María, entró tambien en el templo una viuda llamada Ana, que como verdadera hija de Jacob esperaba con afan la venida del Mesías. Viuda despues de siete años de matrimonio, habia pasado su vida hasta los ochenta años en ayunos y oraciones, y su morada ordinaria era el templo. Apenas conoció al Salvador, cuando unió su voz á la de Simeon, y manifestó su reconocimiento y su alegría entonando cánticos de alabanza.

¡Qué hermoso es ver aquellos dos venerables ancianos, únicos confidentes con José y María del nacimiento del Redentor, dando testimonio de su divinidad y muriendo sin pesar porque han visto al que es la resurreccion y la vida! ¡Dignos hijos de Abraham, mas dichosos que vuestro padre, habeis contemplado con vuestros ojos á aquel cuyo resplandor, visto en la lejanía de los siglos, hizo estremecer á vuestro ilustre antepasado! Despues de tal ventura, nada quereis ver ya, y teneis razon. ¿Qué queda por ver cuando se ha visto á Jesucristo? Y ¿qué nos queda por desear á nosotros los Cristianos, mas felices que Ana y Simeon, despues de haber recibido, no en nuestros brazos sino en nuestro corazon, al Deseado de las naciones y la Gloria de Israel? ¿Qué cántico puede resonar entonces en el santuario de nuestra alma, sino el del santo anciano: Señor, ahora ya me dejaréis morir: ya he vivido bastante, mis deseos están satisfechos?

Cuarenta dias habian transcurrido al menos desde el nacimiento del Mesías, cuando viendo Herodes que los Magos no volvían, se encolerizó en gran manera, y resolvió deshacerse á toda costa de un niño cuyo nacimiento le causaba tantas inquietudes, y anegar su cuna en un rio de sangre. Pero, ¿qué son los consejos del hombre contra Dios? El Ángel del Señor se apareció en sueños á José y le dijo: Levántate, toma al Niño y á la Madre, huye á Egipto, y no salgas hasta que te lo diga, porque Herodes no tardará en buscar al Niño para darle muerte. José se levantó, y tomando aquella misma noche al Hijo y á la Madre, partió á Egipto.

La conducta que observó José en esta circunstancia ha sido considerada siempre como el modelo de una perfecta obediencia<sup>1</sup>. La suya

<sup>1</sup> Véase á san Crisóstomo sobre san Mateo, c. II.

fué sencilla y sin exámen. No alega para librar á su Hijo del furor de Herodes, que Dios tenia una infinidad de medios mucho menos penosos para el Niño, para la Madre y para él mismo. Fué pronta y sin demora. Advertido durante la noche, solo espera para partir que empiece á asomar el día. Fué generosa y llena de confianza en la Providencia. Parte sin preparativos y sin provisiones; era pobre, porque todo le faltaba, pero ¡qué rico era poseyendo á Jesús y á María! La santa Familia llegó felizmente á Egipto, donde permaneció todo el tiempo que plugo á Dios dejar á su Hijo en aquella especie de destierro<sup>1</sup>.

Herodes, creyéndole aun en Belen ó en las cercanías, no habia olvidado que desde la época en que la estrella se habia aparecido á los Magos, el Niño que ella anunciaba podia tener unos dos años. Fundado en este cálculo, reunió un número suficiente de soldados, y les envió con orden de matar á cuantos niños hubiera en Belen y en las cercanías, desde la mas tierna edad hasta los dos años.

Ejecutóse el mandato del nuevo Faraon, y se vertieron raudales de sangre inocente en el territorio de Belen. No se oian mas que los lamentos de las madres desconsoladas por la muerte de sus hijos; mas sus lágrimas no les restituian las caras víctimas que el bárbaro Monarca habia sacrificado á sus celos, y no encontraban consuelo. Cumpliéronse entonces las palabras que Dios habia pronunciado por boca del profeta Jeremías: Voz fué oída en Ramá, lloro, y mucho lamento; es Raquel que llora á sus hijos, y que no puede consolarse porque no existen<sup>2</sup>.

Sin embargo Herodes, al hacer verter arroyos de sangre, no logró mas que encender contra él la cólera del cielo, y acarrear á su nombre la execracion de la tierra. Poco tiempo despues de su bárbara ejecucion perdió con la vida el trono que se proponia conservar á tanta costa.

Apenas bajó al sepulcro, el Ángel del Señor se apareció en sueños á José y le dijo: Toma contigo al Niño y á la Madre, y vuelve á la tierra de Israel, porque han muerto los que perseguian al Hijo de María. José se dispone á obedecer sin dilacion; toma consigo á Jesús y á María, sale de Egipto y se pone en camino para volver á la tierra

<sup>1</sup> El Evangelio no da pormenor alguno sobre la permanencia de la sacra Familia en Egipto. Segun una tradicion, en el momento que el Hijo de Dios puso el pié en aquella tierra idólatra, fueron derrocados todos los ídolos. Santa Brígida, cuyas revelaciones podemos creer piadosamente, segun han dicho los Soberanos Pontífices, nos asegura que Dios le habia comunicado que la sacra Familia habia carecido allí con frecuencia de pan. ¡Oh, qué lastimera es esta idea!

<sup>2</sup> Herodes llevó su desconfianza á tal extremo que mandó someter á la degollacion á uno de sus propios hijos. Con este motivo, dice Macrobio, autor pagano, el emperador Augusto dijo por chiste que mas valia ser el cerdo de Herodes que su hijo, haciendo alusion á la ley de los Judtos que les vedaba la carne de cerdo. (Saturnal. c. 4.)

de sus padres, cumpliéndose de este modo las palabras del Señor, pronunciadas por el profeta Oseas, relativamente al Mesías: De Egipto llamé á mi Hijo. Pero habiendo sabido que Arquelao reinaba en Judea en reemplazo de Herodes, no se atrevió á volver á ella, y por un nuevo mandato del cielo, se retiró á Galilea, y estableció su morada en Nazareth, para que se cumpliera el oráculo del Profeta, segun el cual el Hijo de Dios debía llamarse Nazareno: palabra que expresa á la vez la santidad y la perfecta consagracion del Salvador, y el lugar donde pasó la mayor parte de su vida.

Jesús debía abandonar un dia la ciudad de Nazareth para recorrer toda la extension de su mision y echar con sus trabajos los cimientos de su Iglesia. Entre tanto debía permanecer desconocido, ó al menos distinguirse por los rasgos de dulzura, de sumision y de docilidad que hacen á un niño mas amable que los demás, pero que no descubren un Niño Dios.

¡Admirable disposicion de la Providencia, que forma con la misma inaccion del Mesías un espectáculo divino! La humilde casa que encerraba todos los tesoros del cielo y toda la esperanza de la tierra no era á los ojos de los hombres mas que el albergue de un honrado artesano donde se veian reinar la paz, la sencillez y el amor al trabajo, y no se distinguia en ella ninguno de esos rasgos deslumbrantes que enriquecen la historia de los héroes profanos. Pero así debía prepararse el reinado del Redentor; así continuaba el Hijo de Dios las lecciones de humildad y pobreza que habia empezado á dar en el pesebre, y de este modo manifestaba ser verdaderamente el Salvador del mundo, expiando con sus humillaciones voluntarias el ultraje hecho á su Padre con la orgullosa rebelion del pecado, y curando al hombre dominado por el amor á los falsos bienes con el desprecio solemne del oro y de las grandezas.

Durante el reinado de Arquelao, hijo de Herodes, es de creer que José y María no llevarian al Hijo de Dios á Jerusalem para celebrar la gran festividad de la Pascua, pues habia motivo para temer que su presencia y la del Niño, que podia ser reconocido en la capital, especialmente desde que su presentacion se habia divulgado entre algunos fieles, despertasen las sospechas y reanimasen los celos del Rey de Judea.

Pero los Romanos quitaron la corona á Arquelao despues de diez años de reinado, y el emperador Augusto se reservó la soberanía inmediata de la Judea. Desde entonces los Césares confiaron el gobierno de la provincia á un presidente de su eleccion, y la Galilea quedó bajo la dominacion de Herodes Antipater, hermano de Arquelao, que fué el mismo que dió muerte á san Juan Bautista, y á quien Pilatos envió el Salvador en la época de su pasion<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Dios vengó en este malvado Principe la muerte de Juan Bautista y las burlas

El cambio de soberanos moderó algun tanto la opresion en que vivia la santa Familia de Nazareth, y José se aprovechó de la situacion pacífica de la Judea para llevar todos los años de Nazareth á Jerusalem á Jesús con María su madre, con objeto de solemnizar en la casa de Dios la festividad de Pascua. El divino Niño quiso en uno de estos viajes dar principio al ejercicio de su mision de un modo proporcionado á su edad. Tenia doce años, y habia acompañado á María y á José hasta la capital para celebrar la Pascua de aquel año.

Terminada la solemnidad, que duraba siete dias completos, durante los cuales solo se comian panes ázimos, José y María regresaron otra vez á Nazareth, convencidos de que Jesús, que nunca les habia abandonado, les seguia de cerca, pues todos marchaban en cuadrillas y acompañados. Aunque no vieron al Niño á su lado, no experimentaron la menor inquietud, pensando que se habria reunido con algunos de sus parientes ó conocidos.

Tal vez parecerá extraordinario que hicieran una jornada entera de camino sin concebir la menor sospecha por la ausencia de su Hijo querido, ó mas bien esto indica cuán confiados estaban en su juicio y obediencia. Sin embargo, cuando llegó la noche le buscaron entre sus parientes y conocidos, pero en vano; nadie les pudo dar la menor noticia. Fácil es concebir cuán excesivo seria su dolor; y sin buscar de nadie el consuelo, resolvieron volver al dia siguiente á Jerusalem, donde suponian que se habria quedado su Hijo.

¿Qué sitio habia elegido Jesús para albergarse, y qué auxilios habia hallado para subsistir durante los dos dias que estaba separado de José y María? Se ignora. ¡Venturoso el fiel israelita que acogió en su casa al divino Niño durante este corto intervalo, si es cierto empero que honrase entonces con su presencia á alguno de los habitantes de Jerusalem! El Hijo de Dios estaba sujeto á las necesidades, porque de su propia eleccion se habia sometido á las nuestras, pero podia pasar sin los auxilios que nos son indispensables, y estaba seguro desde su mas tierna edad de que Dios su Padre concederia infaliblemente á la dignidad de su persona los milagros que le pidiera. Habian transcurrido tres dias desde la solemnidad de la Pascua, cuando habiendo entrado en el templo la Virgen santísima y san José, descubrieron allí al Hijo amado cuya ausencia causaba su dolor.

Segun costumbre muy antigua, los maestros de Israel, los Escribas y los Doctores de la ley, se reunian en ciertos dias en alguno de los vestibulos exteriores del templo de Jerusalem, y sentados allí en asientos elevados, formaban una especie de semicírculo en cuyo cen-

hechas á Nuestro Señor. Habiendo sido acusado de promover rebeliones en Judea, y no logrando justificarse delante de Calígula, que por otra parte no le honraba con su aprecio, fué desterrado á Lyon con Herodiades, donde murieron ambos miserablemente.

tro se colocaban los oyentes para escuchar sus discursos, y para oír de sus labios la explicación de las divinas Escrituras.

Jesús eligió aquel día de asamblea de religión, y quiso asistir entre la multitud á la enseñanza ordinaria. Solo tenía entonces doce años, pero todos los tesoros de la gracia, de la sabiduría y de la ciencia se hallaban en él desde el primer instante de su concepción, aunque solo dejaba entrever lo que convenia á su edad; y si alguna vez lo manifestaba en mayor grado, era en proporción á la necesidad que tenía de llamar la atención de los Judíos hácia su persona y de prepararlos para recibir los frutos de su Evangelio. De este modo desplegó su divina inteligencia en la importante ocasión de que tratamos.

Como Maestro y Doctor de todos los hombres, escuchaba con dulzura á los maestros orgullosos cuya hipocresía debía descubrir confundiendo su ignorancia algunos años mas adelante; y esperando la época en que enseñara con autoridad bien diferente de la que ostentaban los Escribas y Fariseos, se aprovechó de la libertad admitida de interrogar á los maestros.

Tanto en sus preguntas como en sus respuestas brillaba una sabiduría divina; nunca se había visto en edad tan tierna tanta madurez y conocimientos tan extensos, y así lo pensaban y decían todos los oyentes, y nadie se cansaba de admirar al maravilloso Niño de Nazareth. La santísima Virgen y san José, que se hallaban también en el templo, participaron de la admiración general.

Terminada la instrucción, María se creyó con derecho para quejarse amorosamente al Salvador por el misterio con que había ocultado sus designios, y por la inquietud en que les había abismado su ausencia. Hijo mío, le dijo con respetuosa ternura, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo estábamos buscándote llenos de aflicción<sup>1</sup>. ¿Por qué me buscábais? les respondió Jesús; ¿no sabéis que es preciso que me emplee en cosas que corresponden á mi Padre? ¡Admirable respuesta, que nos enseña á todos, á vosotros y á mí, que la voluntad del Padre celestial debe preferirse á todas las consideraciones humanas y á todos los afectos de la sangre! El rigor aparente que usa en este caso el Salvador encerraba quizás el designio de dar fuerza á esta lección.

Habiendo partido en seguida con ellos, volvió á Nazareth; y estaba sujeto á ellos.

Estas cuatro palabras encierran treinta años de la vida de Jesucristo. ¿Estar sujeto á dos de sus criaturas es, por consiguiente, toda la ocupación del Hijo de Dios, del Salvador del mundo? ¿Y sujeto en qué? En

<sup>1</sup> ¿Por qué dice: *tu padre*? José no era el padre, según la carne, de Jesús, que no tiene mas padre que Dios, pero Dios transmitió sus derechos á José, que hace las veces de padre á Jesucristo, y está encargado del cuidado de educar y sustentar su infancia. Como esposo de María tiene además con este título el derecho de ser llamado el padre de este Hijo querido, y participó con ella de la autoridad y de los cuidados.

los mas bajos ejercicios, en la práctica de un arte mecánico<sup>1</sup>. ¿Dónde están los que se quejan cuando sus ocupaciones no corresponden á su capacidad, ó por mejor decir, á su orgullo? ¿Dónde están los hijos, los inferiores y súbditos que murmuran contra la obediencia? Que vayan á Nazareth, á la casa de José y María, y vean allí á Jesucristo. Orgullo, exclama Bossuet, estréllate ante este espectáculo. Pero diréis quizás, ¿en dónde está la sabiduría cuando se pasan treinta años en el silencio y la oscuridad, no teniendo mas que treinta y tres que vivir en la tierra para instruir al linaje humano y fundar una religión? Y yo respondo que la sabiduría divina resplandece con tanto brillo en la vida retirada del Redentor, como instruye con elocuencia en su vida pública. Profundizad el misterio; dignaos recordar que el orgullo fué el manantial de todos los males, que es la pasión mas difícil de desarraigar, y veréis que no es un exceso para curarla treinta años de continua obediencia y humildad.

¿No veis además que esta dependencia, esta pobreza y este trabajo oscuro y penoso preparan la asombrosa revolución que ha cambiado las ideas y los sentimientos de la humanidad, que ha hecho dar á las dignidades el nombre de *cargas*, que ha enseñado á los superiores que son los primeros servidores de sus súbditos, y que ha santificado y ennoblecido á sus propios ojos á los mercenarios y trabajadores, es decir, á las tres cuartas partes del linaje humano, mostrándoles un Dios convertido en compañero suyo, ganándose el pan con el sudor de su frente, y soportando sin quejarse el peso de las intemperies? ¿No advertís además con qué precisión realiza sucesivamente en su persona el Niño de Belén, el Artesano de Nazareth, los oráculos de los Profetas respecto del Mesías? ¿Podía probar mejor su divinidad, conquistar, por consiguiente, la fe del universo y establecer su religión? Finalmente, ¿no veis que lo mismo en Nazareth que en el Calvario cumple su misión de expiador? ¿No sabéis que sus trabajos y sudores, sus padecimientos y su sangre tienen el mismo peso en la balanza de la justicia, porque unos y otros son de un valor infinito? Reflexionad todo esto, y penetrados de reconocimiento, admiraréis como Jesucristo muestra ser, tanto en su vida retirada como en la pública, el Salvador del linaje humano.

#### ORACION.

Dios mío, que sois todo amor, gracias os doy por habernos dado en vuestro Hijo un modelo tan perfecto de las virtudes de nuestra época.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero imitar la obediencia de Jesús cuando niño.

<sup>1</sup> Filius hominis non venit ministrari, sed ministrare (Matth. xx, 28.) — Nemo ambigat Dominum Jesum cum adhuc in puerili esset ætate, obsequia præstitisse Mariæ, ipsique Josepho. (S. Laur. Justin. de obed. c. 8.) — Sæpe focum, crebroque cibum parat officiosus, vasa lavat, bajulat undam de fonte, nunquam domum scopit. (Gers. in Joseph. lib. III.)